



El líder de la autonomía vasca

JOSÉ LUIS DE LA GRANJA SAINZ
CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LA UPV-EHU

La pasión de Aguirre por su anhelado Estatuto hizo que no se percatase del peligro del golpe militar de 1936



:: JAVIER MUÑOZ

Apartir de la I Guerra Mundial, de cuyo inicio se va a cumplir un siglo, las multitudes irrumpen en la vida política y protagonizan en la Europa de entreguerras «la rebelión de las masas» (Ortega y Gasset). Desde entonces surgen personalidades que se convierten en auténticos líderes de masas, porque influyen decisivamente en la opinión pública y, a través de movimientos políticos y sociales de todo tipo, guían a las naciones hacia el logro de determinadas metas.

Si duda, uno de ellos fue José Antonio Aguirre, el político revelación de Euskadi en 1931, recién instaurada la II República, del mismo modo que Manuel Azaña lo fue en España. A lo largo del quinquenio republicano, Aguirre llegó a ser no solo el líder indiscutido del PNV, que marcó el camino a seguir por la dirección de su partido, sino también «el verdadero líder de la autonomía vasca», según le denominó Javier Landaburu. Así lo reconocieron también otros destacados jeltzales de su generación, como Manuel Irujo y Je-

sús María Leizaola. Cabe afirmar que el liderazgo del joven Aguirre surgió y se consolidó al compás del proceso autonómico vasco, que inició él mismo como alcalde de Getxo el 14 de abril de 1931 y que culminó con su elección como lehendakari del primer Gobierno vasco en Gernika el 7 de octubre de 1936.

En una carta a un amigo en 1932, afirmó: «Vivo entregado al servicio de mi Religión y mi Patria, que hoy estimo vinculados al Estatuto como bien próximo y posiblemente fácil de obtener». Por su innato optimismo creyó que conseguir el Estatuto de Euskadi era una tarea sencilla; pero no lo fue, como prueba el hecho de que su aprobación se dilatase hasta la Guerra Civil, con cuatro años de retraso con relación al de Cataluña. Ciertamente, los dos grandes ideales a los que consagró su vida fueron la religión cristiana y la patria vasca, unidas estrechamente en su pensamiento, siendo propagandista de Acción Católica y dirigente nacionalista. En 1931 aunó ambas facetas al ser el alma máter del movimiento de alcaldes que aprobó el Estatuto de Estella con su célebre Concordato vas-

co. Este implicaba para sus aliados carlistas la idea de hacer de Vasconia una «nueva Covadonga», mientras que para sus enemigos republicano-socialistas suponía el intento de convertirla en un «Gibraltar vaticano».

Esta mezcla de la religión y la autonomía en la República española laica llevó a Aguirre a ser también el líder de las derechas católicas vascas y contribuyó al auge del PNV, que llegó a ser el partido mayoritario en Euskadi por vez primera en su historia; pero resultó negativa para la autonomía, porque el proyecto de Estella naufragó en las Cortes Constituyentes y el proceso estatutario tuvo que empezar de cero en diciembre de 1931. Entonces Aguirre llevó a cabo su primer viraje hacia el pragmatismo político, al aceptar la vía constitucional hacia la autonomía abierta por su máximo rival, el ministro socialista Indalecio Prieto. Sin dejar de defender a la Iglesia como diputado católico opuesto a la legislación anticlerical del Gobierno de Azaña, asumió plenamente un Estatuto sin cláusula religiosa dentro del régimen republicano, porque la autonomía era su objetivo prio-

ritario (al igual que el del PNV), aunque sin renunciar nunca a su meta: la soberanía de Euskadi mediante la reintegración foral.

Tal constante objetivo le llevó a romper su alianza con el carlismo en 1932, debido al fracaso del Estatuto en Navarra, y a situarse en el centro en 1933, alcanzando su mayor éxito en el referéndum autonómico y en las elecciones generales. Al año siguiente, el bloqueo parlamentario del Estatuto por las derechas católicas, con el pretexto de la «cuestión de Álava», le alejó definitivamente de ellas y le acercó a las izquierdas de Prieto, siendo este el segundo viraje político de Aguirre. Tras la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936, dicha aproximación se transformó en una entente cordial en la primavera, cuando consensuó el texto autonómico con Prieto, y en un pacto político el 1 de octubre, cuando las Cortes aprobaron el Estatuto vasco, cuyos padres fueron Aguirre y Prieto.

La pasión de Aguirre por su anhelado Estatuto, que tenía ya al alcance de la mano, hizo que no se percatase del peligro del golpe militar, que iba a trastocar por completo su vida desde el 18 de julio de 1936. Una semana antes seguía creyendo que el texto sería aprobado «antes de las vacaciones parlamentarias». Tras su silencio en el primer mes y medio del conflicto bélico, desde septiembre Aguirre retomó su protagonismo político, que le llevó a ser el primer lehendakari como único candidato del PNV y del Frente Popular, después de haber renunciado al Ministerio que se le ofreció en el Gobierno de Largo Caballero y que acabó ocupando su amigo Irujo, «el ministro del Estatuto».

Durante la Guerra Civil se acrecentó el liderazgo de Aguirre, siendo su Ejecutivo presidencialista por su acumulación de poderes como consejero de Defensa y lehendakari, y su carisma se extendió a los consejeros no nacionalistas, que tuvieron graves problemas con sus partidos por ser considerados «aguirristas». Su odisea en la Europa ocupada por el nazismo en la II Guerra Mundial le elevó a la categoría de mito. Tras el final de la contienda, pese al fracaso de sus proyectos políticos para acabar con la dictadura de Franco y regresar a una Euskadi autónoma en una España democrática, su carisma subsistió en el exilio hasta su repentina muerte en París en 1960, que le convirtió en un símbolo.

El liderazgo de Aguirre se sustentó en el hecho de que su firmeza en los principios doctrinales fue siempre compatible con su gran pragmatismo en la acción política, primero para lograr el Estatuto y después para mantener la unidad de su Gobierno de coalición a lo largo de un cuarto de siglo.

J. L. de la Granja es coautor, junto a L. Mees, S. de Pablo y J. A. Rodríguez Ranz, del libro «La política como pasión. El lehendakari José Antonio Aguirre (1904-1960)» (Editorial Tecnos)